

Haití en los años 1859-1915: Carácter y determinaciones de su proceso político

Johanna von Grafenstein Gareis

La historia nacional haitiana de las últimas cuatro décadas del siglo pasado y los años que anteceden a la ocupación del país por fuerzas militares norteamericanas en 1915, constituye un campo fértil para estudios de diversa índole. Epoca de grandes tensiones políticas e ideológicas, de inestabilidad y guerra civil, plantea múltiples interrogantes sobre causas y factores determinantes de su proceso político.

Sin embargo, el periodo ha sido poco estudiado por la historiografía de Haití y por la extranjera de nuestro siglo. En las obras de historia general, los años referidos ocupan un lugar mucho más reducido que otras etapas del devenir histórico haitiano, como son la colonia, la lucha por la independencia, los primeros años independientes o la ocupación norteamericana; también son escasos los estudios monográficos que versen sobre algunos aspectos específicos del periodo. En cambio es abundante la producción ensayística y periodística de la misma época, fruto de las reflexiones y debates que sostenía la elite intelectual del país. Defensores u opositores de los gobiernos en turno discutían en sus escritos los grandes problemas nacionales y sus posibles soluciones.

Dos proyectos de dirección política se perfilaban en el debate, de los cuales uno, el que podríamos caracterizar como oligárquico-liberalmodernizante, fue defendido con espíritu de misión civilizadora por la oligarquía comercial, vinculada a la exportación del café y a la importación de toda clase de productos manufacturados desde Europa y los Estados Unidos de América. El otro proyecto, que suponía un liderazgo político militar caudillesco, no se definió como tal en el discurso, sino que más bien tomó forma en la práctica política.

Propósito del presente trabajo es reflexionar sobre las características generales del proceso político en los años referidos, haciendo hincapié en sus rasgos distintivos que permiten entenderlos como periodo¹ y, en segundo lugar, formular algunos conceptos sobre ideología y proyectos de las dos agrupaciones políticas en pugna, los nacionales y los liberales.

¹ En la historiografía sobre el siglo XIX haitiano encontramos periodizaciones muy distintas; mencionemos, a modo de ejemplo, tres: David Nicholls, en *From Dessalines to Duvalier, Race, Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, señala los siguientes "cortes": 1820-1867-1910; Jacques Barros, en un capítulo sobre el desarrollo económico del país, estudia en *Haiti, de 1804 à nos jours*, Paris, l'Harmattan, 1984, 1 vol., los siguientes periodos: 1804-1843, 1843-1870 y 1870-1915; Paul Moral, desde el punto de vista del desarrollo agrario, divide el siglo XIX haitiano en dos grandes etapas: 1804-1848, con sus subperiodos, y 1848-1915, en *Le Paysan haitien*, Paris, Maison-neuve, 1961.

1. Características generales del proceso político entre 1859 y 1915

Ciertos aspectos de la dinámica y del liderazgo políticos nos permiten hacer un corte en la historia política haitiana del siglo XIX en 1859. Analizando el origen de la autoridad de los hombres que gobernaban Haití hasta esta fecha, vemos que provino en gran parte de su participación en la guerra de independencia. Eso es especialmente cierto para los "padres de la independencia", J. J. Dessalines, Henri Christophe y Alexandre Pétion, pero también en la elección de los llamados presidentes efímeros de los años cuarenta intervino como factor decisivo el hecho de que destacaron en la lucha contra la dominación colonial. La legitimidad política de Jean Pierre Boyer (1818-1843), sin embargo, sólo se relaciona indirectamente con la magna empresa que dio origen al Haití independiente. Designado como sucesor por el carismático Alexandre Pétion, como el mulato, Boyer logró mantenerse en el poder a lo largo de 25 años, pero, en ausencia de un apoyo político amplio, tuvo que recurrir a prácticas autoritarias y represivas que provocaron, sobre todo a partir de la segunda mitad de los años treinta, fuertes tensiones sociales y políticas. Estas desembocaron en 1843 y 1844 en la caída del presidente y la pérdida de la unidad administrativa de la isla, lograda por Boyer en 1822, con la separación e independencia de la República Dominicana.

La crisis política que sufrió Haití en la primera mitad de la década de los años cuarenta fue protagonizada en un primer momento por sectores del ala mulata de la clase dominante, descontentos con el gobierno autoritario y excluyente de Boyer. A esas protestas se sumaron en segunda instancia los grandes propietarios negros del sur y finalmente los campesinos minifundistas; también de la península sureña, los llamados *piquets*. Esos años de agitación conocieron como respuesta política los gobiernos llamados de *doublure* o suplencia —es decir que fueron encabezados por generales negros pero de hecho ejercidos por la elite mulata— con los presidentes Phillipe Guerrier, Louis Pierrot y Jean-Baptiste Riché, todos ellos veteranos de la guerra de independencia, pero ancianos y de una reducidísima formación políticoadministrativa; el último fue Faustin Soulouque, antiguo esclavo y presidente de la guardia presidencial con Boyer, que fue elegido primer mandatario en 1847 por ser ignorante, se dice que aun iletrado, y por ende fácilmente manipulable.

En los años de renovación política de 1843 y 1844, se sitúa el origen de dos futuras agrupaciones partidarias: el Partido Liberal y el Nacional, relacionándose el primero con el movimiento opositor a Boyer, de cuño liberal y el segundo con las protestas de los grandes propietarios negros del sur, encabezados por la familia Salomon. Sin embargo, el desarrollo de fuerzas políticas partidarias quedó trunco y la vida política de las décadas cuarenta y cincuenta fue regida por elementos más primarios, como los antagonismos raciales que aparecían todavía poco matizados por otras determinaciones, mientras que la fuente de legitimidad política, como vimos, se vinculaba en alto grado con el prestigio adquirido en el proceso de independencia. Se observa por otra parte, a lo largo del primer período independiente (1804-1859), una mayor cohesión del territorio nacional —excepción hecha de la división

en dos entidades administrativas entre 1807 y 1818— que se relacionaba sin duda con la necesidad imperante de mostrar hacia el exterior una mínima unidad y capacidad de enfrentarse eficazmente a un posible intento de reconquistar la otrora opulenta colonia Saint-Domingue. Finalmente, si bien levantamientos y rebeliones irrumpieron en la escena política y provocaron la caída de numerosos gobiernos (Dessalines en 1806, Christophe en 1820, Boyer en 1843, Rivière Hérard en 1844 y Pierrot en 1846), hubo mayor estabilidad y control político, ejercido desde la capital sobre el resto del país, que en el periodo subsecuente.

A partir de 1859, con la llegada al poder de Fabre Nicolas Geffrard, hijo de un destacado combatiente de la independencia, la dinámica política nos parece adopta un carácter distinto.² Antes de detallar los factores que en nuestra opinión determinan y explican el proceso político haitiano entre 1859 y 1915, nos parece necesario aclarar que evidentemente no concebimos el año 1859 como una ruptura tajante, sino más bien como una fecha a partir de la cual se dieron cambios significativos en el terreno político, pero sólo perceptibles si se ven las dos etapas del siglo XIX en conjunto —el que, por cierto, extendemos hasta la ocupación norteamericana en 1915—. No negamos por otra parte la permanencia de elementos, sobre todo en la estructura economicosocial del país.³

Veamos brevemente algunos datos al respecto. En la primera mitad de los años sesenta, Haití conoció un crecimiento acelerado de su producción agrícola, especialmente del algodón, relacionado con la guerra de Secesión norteamericana y la baja de la producción algodонера de ese país. Interrumpidas por breves lapsos regresivos, las exportaciones de los principales productos haitianos —café, maderas preciosas, cacao, algodón— se mantuvieron elevadas hasta la segunda mitad de los años noventa cuando se inició una fase de estancamiento que iba a perdurar hasta 1910 aproximadamente.

Durante esos años de expansión, los diferentes gobiernos en turno buscaron modernizar la producción de café y revivir la del azúcar para la exportación, la cual se había vuelto insignificante desde la tercera década del siglo XIX. Los esfuerzos se limitaron sin embargo a unas pocas innovaciones en la producción agrícola con la introducción de alguna maquinaria e instrucciones para mejorar la selección de los granos del café; en cambio, no se logró crear ni una mínima base industrial, excepción hecha de contados intentos realizados por miembros de la oligarquía nacional y por inversionistas extranjeros que establecieron algunos ingenios y fábricas, aunque de existencia efímera, que producían artículos para el consumo inmediato. Dependiente en consecuencia del exterior para el aprovisionamiento de manufacturas y alimentos de todo tipo, Haití no superó en los años 1859-1915 su condición de monoproy-

² No queremos dejar de hacer mención del aspecto generacional; Faustin Soulouque fue el último gobernante del país que había participado en la guerra de liberación, mientras que sus sucesores constituyen la segunda generación de líderes que se encontraban al frente del Estado soberano e independiente.

³ Cf. Benoit Joachim, *Les Racines du sousdéveloppement en Haiti*, s. 1., Prix Deschamps, 1979.

ductor agrícola, al mismo tiempo que permanecían sin alteración las relaciones de producción arcaicas, caracterizadas por el sistema semiservil de trabajo en las grandes plantaciones, a cuyo lado coexistía un minifundismo irregular y precario.

En el terreno comercial adquirieron cada vez mayor presencia las casas comerciales europeas y norteamericanas, desplazando al sector mercantil nativo, sobre todo en el lucrativo comercio de exportación e importación. La caída de las exportaciones a partir de 1895 conllevó por otra parte un aumento del déficit financiero del Estado y del endeudamiento público, e hizo crónica la carencia de capitales internos en el comercio y la producción. Recordemos que sobre la economía haitiana del siglo XIX pesaba la llamada deuda de independencia, impuesta al país en 1825 por su antigua metrópoli a cambio del “reconocimiento” de su soberanía. Si bien liquidada en 1887, la deuda de independencia se prolongó en los préstamos de 1874, 1896 y 1910, el pago de cuyas anualidades llegaba a representar hasta la mitad del presupuesto público.⁴

Sobre el trasfondo economicosocial que tratamos de esbozar, se desarrolló en el Haití de los años 1859-1915 un proceso político extremadamente azaroso y violento. Diecisiete presidencias y algunos gobiernos provisionales se sucedieron en ese lapso acelerándose el ritmo de derrocamientos y “elecciones” durante los últimos cuatro años anteriores a la ocupación norteamericana, cuando cinco generales y un civil ocuparon la silla presidencial. Sólo dos sucesiones se dieron de manera pacífica —en 1874— cuando Nissage Saget dejó el poder después de los cuatro años de ejercicio gubernamental reglamentario y en 1896, a la muerte del presidente Florvil Hippolyte.

¿En qué medida esa inestabilidad política era efecto de antagonismos sociales —es decir de pugnas entre clases subalternas y la oligarquía agroexportadora y/o de luchas interoligárquicas— y hasta qué punto intervinieron rivalidades regionales y raciales?

En cuanto al primer aspecto, podemos observar la irrupción de las clases populares en el proceso político en diferentes circunstancias. Mencionemos en primer lugar la crisis de 1867-1869, cuando el presidente Sylvain Salnave logró movilizar en su favor a las masas populares de Puerto Príncipe y a los campesinos sureños, los *piquets*. Sin embargo, el amplio apoyo popular que conoció Salnave no fue suficiente para vencer a la oposición de la oligarquía que veía afectados sus intereses por el programa económico iniciado por el presidente. Especialmente los grandes propietarios del norte y centro movilizaron a sus peones y arrendatarios para combatir a ese “mulato peligroso”, como llamaban a Salnave, ante los campesinos,⁵ negros como ellos y leales a sus patrones por ese vínculo étnico.

Eliminado Salnave después de una cruenta guerra civil de dos

⁴ Durante el mandato de Simon Sam (1896-1902), fueron asignados al pago de la deuda pública los ingresos por concepto de derechos de exportación que ascendían en 1897 a 4 millones de gourdes, mientras que el presupuesto total del Estado sumaba 9 millones de gourdes, Alain Turnier, *Avec Mérisier Jeannis, Une tranche de vie jacmelienne et nationale*, Puerto Príncipe, Imprimerie Le Natal, 1982, p. 329 y 350.

⁵ André Georges, *Le gouvernement de Sylvain Salnave au sein de la crise de 1867-1869 en Haiti*, Puerto Príncipe, s.d.e., p. 118.

años —el presidente fue fusilado sobre los escombros del Palacio Nacional— siguió una década de política elitista y promulata. Fue en los años ochenta, durante la guerra civil cuando en 1883 y en 1886, a la hora de la sucesión presidencial, las masas populares se manifestaron nuevamente en pro del jefe de Estado, en ese caso el líder del Partido Nacional, el general negro Lysius Salomon, hijo del opositor a la preponderancia mulata en 1843 y exministro de Finanzas bajo Faustin Soulouque. Durante la lucha en contra del Partido Liberal en 1883, Salomon apeló a las mayorías negras; paternalista en su estilo de gobierno, gozó de gran popularidad, a la cual contribuyeron medidas como la ley agraria de 1883 que preveía la distribución de tierras a campesinos que se comprometieran a cultivar productos para la exportación.

La movilización de los campesinos en la península sureña, en las circunstancias mencionadas, se prolongó hasta los años noventa y fue protagonizada por el pequeño propietario Mérisier Jeannis, originario de la planicie Lafond, líder innato e intrépido, quien mantuvo en jaque a la oligarquía cafetalera de Jacmel durante las décadas ochenta y noventa. El control político, ejercido por Jeannis en su función de delegado extraordinario del gobierno del distrito de Saltrou y Jacmel durante los años 1896-1902, significaba en opinión de la elite ilustrada de la provincia la dominación del “campo bárbaro” sobre la “ciudad culta e industriosa”, mientras que Jeannis y sus incondicionales seguidores concebían su incursión en la vida política como una venganza, que Alain Turnier caracteriza de “venganza del héroe primitivo sobre la vanidad y el orgullo seculares del ciudadano, de la campaña humillada y reprimida sobre la ciudad arrogante”.⁶

Dependiente y subordinada a las ambiciones políticas de los grandes propietarios del norte y centro del país, se desarrolló en cambio la movilización de los peonesarrendatarios *cacos*. Huestes de los opositores a Salnave en la guerra civil de 1867-1869, conformaban también en los años posteriores los ejércitos harapientos al servicio de los líderes norteños, asolando las ciudades y puertos con sus incursiones armadas, saqueos y destrucciones. Si bien los *cacos* carecían aparentemente de objetivos de lucha propios, por lo menos no fueron explicitados en proclamas u otro tipo de manifestaciones, y concibieron vagamente su enlistamiento en las tropas improvisadas de los caudillos militares como *su* oportunidad para “hacer política”, ascender en los rangos del ejército en una primera instancia y quizá aun avanzar en la administración pública local, cuyos puestos se otorgaban, en todos los niveles, como recompensa a lealtades políticas. La función política subordinada de los campesinos *cacos* iba a ceder, con la invasión de las fuerzas militares norteamericanas, a una resistencia articulada y tenaz que causó a los ocupantes serios problemas y “desvió” su atención durante seis años.⁷

Con respecto a los conflictos interoligárquicos como causa de los desórdenes políticos del periodo 1859-1915, queremos apuntar que, en nuestra opinión, tuvieron un peso mayor que los antago-

⁶ Alain Turnier, *op. cit.*, p. 125.

⁷ Henry P. Fletcher, “Quo vadis Haiti?”, *Foreign Affairs*, Nueva York, año 8, vol. VIII, núm. 4, jul. 1930, p. 538.

nismos entre masas populares y sectores dominantes. Responderíamos por otra parte a la pregunta, si la lucha política –que frecuentemente se convertía en guerra civil– se pudiera reducir en última instancia a conflictos originados en el terreno económico, que eso fue cierto para la oposición contra los gobiernos de Fabre Nicolas Geffrard y de Sylvain Salnave en los años sesenta. En el primer caso, la política económica de Geffrard, excesivamente favorable a las casas de comercio extranjeras, causó el descontento del sector comercial nativo; en el segundo caso, Salnave, al buscar el control estatal sobre las exportaciones de café y las importaciones de los artículos de primera necesidad, lesionó los intereses de la oligarquía comercial en general.⁸ Pero en las demás ocasiones, el móvil económico intervino de manera menos directa; quizá podemos hablar de rivalidades entre los grupos dirigentes haitianos en relación al beneficio obtenido de los recursos públicos, gracias a su manejo poco escrupuloso. Pensamos sin embargo que ese factor no era primordial, por lo menos no antes de la segunda década de nuestro siglo, cuando se hicieron notar una dramática descomposición y decadencia en la dirección política del país.

El poder político, ejercido por la oligarquía haitiana –cuyo sustento económico constituía por un lado, como vimos, la renta extraída de la propiedad latifundaria, en la que la fuerza de trabajo laboraba en condiciones semiserviles y estaba ligada al patrón por relaciones clientistas y, por el otro lado, el comercio de exportación e importación– era de carácter personalista y militar, excluyente y cerrado, mientras que la lucha armada constituía la vida predilecta de transferencia del poder, a pesar de que existían formalmente los elementos de un Estado moderno, capitalista-burgués (régimen constitucional, división de poderes, renovación electoral de los gobernantes). El carácter híbrido –visible en las instituciones y en el ejercicio real del poder– de la oligarquía, resulta de su comportamiento economicopolítico propio de una clase dominante no capitalista, en cuyo seno se perfilaba un proyecto tímidamente burgués. A diferencia de los países “grandes” de América Latina, Haití–como también algunos países de América Central– no conoció en la época que estudiamos, el surgimiento de un sector hegemónico que lograra unir en un proyecto nacional a los diferentes sectores oligárquicos.

A juzgar por el discurso político de la época, la llamada cuestión del color, es decir, las diferencias étnicas, habrían desempeñado un papel preponderante en la historia política y social de Haití. Los diferentes contrincantes se acusaban mutuamente de proteger y de privilegiar solamente a un sector –negro o mulato– excluyendo y discriminando al opuesto. También la historiografía de la época estaba impregnada de prejuicios raciales que llevaban a la condena de gobernantes y figuras políticas según su pertenencia al sector negro o mulato.

Sin embargo, los antagonismos entre grupos raciales, manifestados con tanta violencia en el discurso de la misma elite, no parecían tener mayor gravitación en la concertación de alianzas políticas entre sus componentes. Veamos algunos ejemplos: el presidente Salnave, mulato, afectó con su proyecto los intereses de

⁸ Véase André Georges, *op. cit.*, p. 141 y siguientes.

la oligarquía comercial, a su vez mayoritariamente mulata, mientras que se veían beneficiadas las grandes mayorías negras. Entre sus colaboradores encontramos generales negros como Nord Alexis y Florvil Hippolyte y el intelectual y literato de gran prestigio, Desmevar Delorme.

Las dos agrupaciones políticas, los llamados partidos Liberal y Nacional, surgidos en los años setenta, eran calificados como mayoritariamente mulato, el primero, y negro, el segundo. Llama sin embargo la atención que en su dirección, el color de la piel no parecía tener mucho peso: en el campo de los nacionalistas, los *noiristes*, encabezados por Lysius Salomon e integrados por otros miembros del ala negra de la clase dominante, encontramos varios mulatos. Algunos de los principales líderes liberales, en cambio, eran negros; destacaban Anténor Firmin y Edmond Paul, al lado de los cuales militaban los mulatos Boyer Bazalais y Boisrond Canal. Fue entre los dos últimos y sus adeptos donde afloró un conflicto que provocó la escisión del Partido Liberal en bazalaisistas y canalistas, como veremos más adelante.

Compleja nos parece también ser la influencia de las rivalidades regionales en el proceso político. Aquí, como en los demás aspectos, es necesario matizar el aparente conflicto básico entre los departamentos del Norte, Noroeste, Artibonite, Oeste y Sur. Es cierto que los presidentes fueron clasificados como nordistas y sureños, predominando los primeros, sobre todo después de 1889, pero las fuerzas que representaban, de ninguna manera se limitaban a sus regiones de procedencia.⁹

En muchas de las circunstancias políticas que llevaban al derrocamiento del gobierno en turno y a su sustitución por uno de los jefes militares en armas, se dieron alianzas entre líderes provenientes del norte, centro y sur. La oposición al presidente Salnave, norteño, abarcaba todo el territorio; en 1888, Mérisier Jeannis y la oligarquía cafetalera de Jacmel secundaron la rebelión proclamada en el norte por el general Séide Thélémaque en contra del presidente Salomon, pero fueron políticos del oeste, Boisrond Canal y François Légitime, quienes sacaban provecho de la situación.

Desde Florvil Hippolyte (1889-1896), y especialmente desde Tirsias Simon Sam (1896-1902) entre cuyos colaboradores figuraban varios de los futuros presidentes norteños, quedó manifiesto el peso de representantes del norte en la escena política, presencia que sólo fue interrumpida por el gobierno de Antoine Simon entre 1908 y 1911 y la breve experiencia liberal del jacmeliano Michel Oreste en 1913-1914.

No obstante los conflictos no nos parecen ser en primera instancia efecto de rivalidades regionales. En el primer plano estaban más bien discrepancias entre proyectos y tipos de liderazgo: eso es especialmente cierto en las dos insurrecciones del firminismo en 1902 y 1908, cuando los liberales —con Anténor Firmin como líder nacional indiscutido— buscaron conquistar el poder. Las dos veces fracasaron ante la fuerza arraigada de los “sátrapas militares”, como se llamaba a los presidentes-generales. Tanto en 1902 como

⁹ Originarios del sur eran los presidentes Geffard (1859-1867), Domingue, Canal, Salomon y Légitime, que se sucedieron entre 1874 y 1889; también Simon y Oreste.

en 1908 surgieron en todo el país focos de insurrección en favor de Firmin, entre los cuales destacaban Gonaïves, Saint-Marc y Jacmel por su arraigada adhesión al liberalismo. También Mira-goâne y otras localidades de la península sureña pertenecen a esa tradición liberal. En ese sentido podemos hablar de localismos, que se relacionaban con la concentración de la oligarquía comercial en las ciudades y puertos y con su oposición a las regiones rurales.

2. Nacionales y liberales, su ideología y proyectos políticos

Llama la atención, al estudiar los años 1859-1915, el florecimiento de una extensa y fructífera cultura política dentro de la elite dirigente haitiana. Tanto en el país como en el extranjero, sobre todo en París y Kingston, donde se exiliaban numerosos opositores a los gobiernos en turno, se publicaban ensayos, tratados y artículos periodísticos que se ocupaban de los grandes "problemas nacionales". Integrantes de las dos tendencias, de los dos grupos partidarios, se interrogaban sobre las bases materiales raquíticas del país, los desórdenes políticos, las difamaciones y agresiones externas, y buscaban posibles soluciones.

Muy similar al conflicto ideológico entre conservadores y liberales en el México de la posindependencia, liberales y nacionales de Haití se nutrían, por encima de su pugna apasionada y sus abismales antagonismos retóricos, de un fondo común de ideas, de conceptos, de visiones del mundo, fuente que era en primer lugar francesa, por todos los lazos culturales que unían todavía a la antigua metrópoli con su excolonia.

La principal guía intelectual de la elite ilustrada haitiana del último tercio del siglo XIX era el positivismo. De él se extraía la idea del progreso, de la necesaria perfectibilidad de la sociedad y de la construcción de un país moderno sobre bases científicas. En ese sentido, tanto liberales como nacionales buscaban la modernización del país sobre la base de la introducción de nuevas técnicas en la agricultura, la creación de industrias, de sistemas de transporte, servicios públicos y, sobre todo, con la superación educativa. Desde el gobierno de Geffrard, cuyo ministro de educación, François Elie-Dubois, desarrolló un amplio programa educativo, se hicieron esfuerzos para crear nuevas instituciones de enseñanza primaria y media, en las que se buscaba unir a la educación tradicional conocimientos prácticos y técnicos.¹⁰

Otro tema, que atraía la atención de los reformadores de la sociedad haitiana, era la inmigración de extranjeros. Como en otros países de Latinoamérica, se atribuía al establecimiento de agricultores y técnicos provenientes de países "más avanzados" un efecto positivo sobre el desarrollo nacional. Sin embargo, los esfuerzos hechos en esa dirección dieron pocos frutos en Haití.

Hubo discrepancias entre liberales y nacionales en cuanto a la puesta en práctica de sus proyectos de modernización. Desmevar Delorme, por ejemplo, criticaba a los liberales por querer indus-

¹⁰ Cf. Job. B., Clement, "History of Education in Haiti: 1804-1915", *Revista de Historia de América*, Madrid, núm. 87, ene-jun., 1979, p. 141-181 y núm. 88, jul-dic., 1979, p. 33-74.

trializar a un país que antes que nada debía aumentar su producción agrícola, y se burlaba de los planes de construir líneas de ferrocarril cuando faltaban productos que transportar.¹¹ Los liberales, a su vez, criticaban acérrimamente las medidas de modernización puestas en práctica por el gobierno de Lysius Salomon en los años ochenta. Advertían, no sin razón, el peligro que representaba un banco, en un cien por ciento extranjero, para el desarrollo autónomo del país,¹² atacaban, con menos fundamento, la ley agraria de 1883. Salomon y uno de sus principales voceros, Louis Joseph Janvier, les reprochaban, a su vez, su rechazo a la ley, para no ver lesionados sus intereses de grandes propietarios de tierra.¹³

Discrepancias hubo también sobre el papel que debería desempeñar la Iglesia católica en la sociedad haitiana, sin que el tema adquiriera la importancia que tuvo en la mayoría de los países latinoamericanos. Es necesario recordar que la Iglesia no tuvo mayor gravitación en Saint-Domingue, a diferencia de las colonias hispanas. Tampoco constituía un actor de peso en la posindependencia. Fue sólo en 1860 cuando el gobierno de Geffrard firmó un concordato con el Vaticano, el cual puso fin a la situación irregular del clero católico del país. La Iglesia católica fortaleció su posición en los años posteriores, sobre todo a través de la educación. Numerosas órdenes religiosas se establecieron en el país, dedicándose especialmente a la enseñanza media.

Declarado religión del Estado, el catolicismo ganó terreno frente al protestantismo y más aún, frente a la religión popular del vudú, cuyas prácticas fueron prohibidas. Los liberales haitianos y el clero católico, en su mayor parte francés, especialmente proveniente de la Bretaña, convivieron sin fricciones; más bien, en su lucha en contra de los nacionales, el Partido Liberal contaba con el apoyo eclesiástico. Los miembros del Partido Nacional, en cambio, se mostraron hostiles a la Iglesia católica, considerándola como un "Estado dentro del Estado". El tema del vudú, finalmente, fue tratado por ambas agrupaciones con temor y desprecio. Se esforzaron en minimizar su importancia ante las difamaciones que diversos "conocedores" del país propagaron sobre presuntas atrocidades cometidas en ceremonias vudú.¹⁴

El antagonismo principal entre nacionales y liberales residía en sus diferentes concepciones de dirección estatal, sin que ese tema haya conocido mucha discusión del lado nacional. Sus ideólogos abogaban aún por un gobierno civil y parlamentario, pero en la práctica gubernamental de los nacionales, la preeminencia de los militares en toda la administración pública era indiscutida; no sólo el presidente, también ministros, encargados de carteras, donde es difícil ver la utilidad de un militar como el ministro de Educación o de Finanzas, y toda la gama de autoridades regiona-

¹¹ Desmevar Delorme, *La misère au sein des richesses. Reflexions diverses sur Haïti*. Puerto Príncipe, Ateliers Fardin, 1976 (1ª ed. 1873).

¹² En 1880 se establece el primer banco en Haití, la *Banque Nationale d'Haiti*, creada con capital exclusivamente francés.

¹³ Louis Joseph Janvier, *Les affaires d'Haiti, 1883-1884*, Puerto Príncipe, Les Editions Panorama, s.f., p. 158-178.

¹⁴ Véase por ejemplo el libro *Hayti or the Black Republic* de Sir Spencer Saint-John, ministro plenipotenciario de Gran Bretaña en Haití entre 1863 y 1867; el libro fue publicado en 1889 y causó gran impacto en el exterior por su información escandalizadora sobre ceremonias del vudú en Haití.

les y locales, eran miembros del ejército. Los liberales no se cansaban de criticar su ignorancia e ineptitud. Es cierto que hubo entre los administradores públicos, egresados de las filas del ejército, gran número de personas mínimamente instruidas que habían llegado a esas posiciones gracias a sus talentos militares. Aun en la presidencia ese camino era cierto para algunos representantes. Florvil Hippolyte, si bien no fue claramente identificado con los partidarios nacionales, había hecho una carrera militar auténtica, por lo que contaba con la entusiasta adhesión por parte de militares de rango intermedio, que veían en su éxito la confirmación de sus propias posibilidades de ascenso. También Tirésias Simon Sam, su sucesor, era un viejo general de prestigio, pero fue sobre todo el bajo nivel cultural e intelectual de Antoine Simon lo que exasperaba el orgullo nacional de la "elite ilustrada". Sería sin embargo injusto descalificar a todos los militares, por ser gente inculta y políticos torpes. Pensemos en François Légitime, en François Manigat, miembros del gabinete de Salomon y en Salomon mismo, cuya sólida formación de estadista no se puede negar, y que estaba a la altura de la que ostentaban sus adversarios políticos. Otro de los "viejos generales", el presidente Nord Alexis (1902-1908), representaba el "viejo Haití de los sátrapas militares". La preeminencia de los militares en la vida social y política fue tal, que los únicos liberales que llegaron a gobernar eran miembros del ejército (Nissage Saget y Boisrond Canal). En cambio, las aspiraciones de Boyer Bazalais y de Anténor Firmin, civiles, a pesar del enorme prestigio de ambos y de haber recurrido a las armas para conquistar el poder, no prosperaron. Sólo en 1914 llegó el primer civil a la presidencia, el liberal jacmeliano Michel Oreste.

Los militares, identificados con el campo de los nacionales, los "salomonistas", se entendían como auténticos líderes del pueblo; muchas veces se valían de su estilo paternalista de gobierno para garantizarse una adhesión amplia. Lo mismo podemos afirmar de los presidentes *cacos*—Cincinnatus Leconte, Oreste Zamor, Damiar Théodore y Vilbrun Guillaume Sam— que gobernaron Haití en los años anteriores a la ocupación norteamericana. Hemos mencionado con anterioridad la vía de las armas como único camino de ascenso político abierto a personas que se distinguían por su temeridad, inteligencia, capacidad de mando y facultades de estrategia intuitivas, independientemente de su nivel de ingresos e instrucción, que sí eran decisivos en el sistema electoral que formalmente regía la transferencia del poder político. En ese sentido los líderes nacionales se atribuían mayor representatividad popular de la que tuvieron en su opinión los liberales, cuyo elitismo y desprecio por el pueblo quedarían plasmados en los mecanismos electorales excluyentes.

A pesar de contener algo de verdad, hubo una gran manipulación en torno a ese tema. Sabemos por otra parte que las arbitrariedades cometidas por los gobiernos militares de ninguna manera demuestran una gran vocación democrática. Fusilamientos, y ni hablar de encarcelamientos y destierros de los adversarios políticos, estaban a la orden del día. En todo el periodo prevalecía un clima extraordinario de violencia, que constituía un telón de fondo sobre el que se "hacía política". Tampoco se puede perder

de vista las en ocasiones ridículas proporciones que tomaba el predominio del militarismo: se llegó a conceder a niños de tierna edad títulos militares “por sus distinguidos servicios a la patria”. En 1867, el ejército regular haitiano se componía de 6 500 oficiales generales y de Estado Mayor, 7 000 oficiales de regimiento y 6 500 soldados. Según documentos posteriores, los efectivos eran 16 000 entre los cuales 1 500 eran generales de división.¹⁵

La ideología liberal estaba fuertemente arraigada en la oligarquía comercial de los puertos que, orgullosa de conformar la mayor parte de la “elite ilustrada” del país, clamaba por un gobierno que estuviera en manos de individuos instruidos y capaces. Frente al predominio del poder político-militar, enarbolaban los ideales de un gobierno civil, representativo y parlamentario, tanto en lo que se refiere al gobierno central cuanto en la administración local, donde la autoridad de los comandantes de plaza, de distrito y del delegado extraordinario parecía ilimitada y era vista como una violación constante a los derechos civiles.

En los años setenta, con Nissage Saget y Boisrond Canal (1870-1874, 1876-1879), los liberales podían poner en práctica su concepción del ejercicio del poder político. Habría que mencionar en primer lugar la experiencia parlamentaria en los años 1870-1874 cuando, por primera vez en la historia política haitiana, se discutía en un completo clima de libertad, se sometían a voto iniciativas legales y se respetaban las disposiciones salidas de las votaciones. En los años mencionados, los gobiernos locales estaban en gran parte en manos liberales y se intentaba, local y nacionalmente, implantar una reforma monetaria que debería poner orden en el caos financiero, legado de la guerra civil de 1867-1869. Destaca también la sucesión pacífica, al término del mandato de Nissage Saget, de Michel Domingue, el segundo de los generales opositores que eliminaron a Sylvain Salnave en 1869. En el poder, Domingue, que gobernaba muy influido por su sobrino Septimus Rameau, se mostró sin embargo autoritario y enemigo de las “excesivas libertades” que buscaban los liberales. Muchos de ellos salieron al exilio.

No obstante, el fervor liberal estaba en su apogeo en el país, de manera que el pronunciamiento de Louis Tanis en Jacmel en contra del “tirano sanguinario” fue secundado de inmediato por las ciudades norteñas Saint-Marc, Le Trou y El Cabo y provocó la caída de Domingue. Las elecciones presidenciales que siguieron al derrocamiento, al viejo estilo, por las armas, muestran la preeminencia de los liberales en esos años. Los dos candidatos más favorecidos pertenecían a su campo –Boyer Bazalais y Boisrond Canal– de los cuales salió electo el último, en contra de las expectativas de los observadores. Durante su gestión, las discrepancias entre sus seguidores y los de Bazalais se agudizaron hasta llegar al conflicto armado en 1879.

En medio de la confusión general que reinaba en aquel año, regresó Lysius Salomon del exilio y logró capitalizar para su beneficio la escisión en el campo de los liberales. Para combatir la facción bazalaisista, Canal recurrió a la ayuda de los nacionales, sin que esa maniobra lograra devolverle el poder político. Después

¹⁵ Alain Turnier, *op. cit.*, p. 24.

de su renuncia, los nacionales se impusieron como fracción mayoritaria en el Congreso Nacional y eligieron a Salomon presidente. Nuevamente los liberales marcharon al exilio, donde preparaban la reconquista del poder.

Seguros del apoyo de la oligarquía comercial de los puertos, desembarcaron en 1881 en Miragoâne. Efectivamente fueron inmediatamente apoyados por otras tres ciudades del sur: Léogane, Jérémie y Jacmel. Contaban también con la ayuda de la comunidad comercial francesa, inglesa y alemana y de la Iglesia católica. Salomon, en cambio, consiguió la "neutralidad benévola" del gobierno norteamericano. El conflicto se prolongó dos años. Los liberales adquirieron un barco, La Patria, que aseguraba el aprovisionamiento por mar de las ciudades rebeldes. En noviembre de 1883, fue capturado por el Dessalines, un barco de guerra, que Salomon había comprado a Estados Unidos y que le fue entregado después de largas gestiones y meses de impaciente espera. Con la pérdida de La Patria, los puertos asediados por tierra perdieron el necesario contacto entre ellos y con el exterior. Uno tras otro cayeron, y fueron librados a una represión desenfrenada. También en la capital, el "populacho", fiel a Salomon, saqueó tiendas y almacenes. Muchos destacados líderes, entre ellos Boyer Bazelais, cayeron en los enfrentamientos o fueron fusilados. Los sobrevivientes se refugiaron en las legaciones extranjeras para desde allí tomar el camino del exilio.

Después de esa derrota, el Partido Liberal quedó desintegrado. A lo largo de los años siguientes estuvieron presentes en la escena políticos liberales —como candidatos en los momentos de sucesión presidencial, como colaboradores en los gobiernos instaurados— pero, con excepción de la breve experiencia de Michel Oreste en 1913-1914 y la participación en gobiernos provisionales, no volvieron a asumir el control político del país.

De las figuras liberales, tuvieron mayor presencia política Boisrond Canal y Anténor Firmin. En la crisis política que se desencadenó en 1888-1889, después de la caída de Salomon, Boisrond se mostró, en un primer momento, amo de la situación. Miembro del gobierno provisional y promotor de la candidatura de François Légitime, tenía en sus manos las riendas de la política. Ya septuagenario en 1902, la siguiente sucesión presidencial conflictiva, Boisrond manejó nuevamente los asuntos políticos como miembro del gobierno provisional, hasta que Nord Alexis, su ministro de Guerra y candidato frente a Firmin, se apoderó de la silla presidencial.

Anténor Firmin, a su vez, era quizá la figura más talentosa de los liberales; destacó lo mismo como político que como ideólogo, jurista y periodista, originario de El Cabo y gran admirador de Boyer Bazelais, fundó en 1878 el periódico *Le Messager du Nord* que difundió las ideas liberales. Fruto de sus años de estudio en París donde pasó un exilio prolongado durante el gobierno de Salomon, es su tratado *De l'égalité des races humaines*. También su *Roosevelt et Haïti* y su *Lettres de Saint Thomas* revelan la amplitud de sus conocimientos. Durante los gobiernos de Hippolyte y de Simon Sam destacó como hábil y competente administrador de las finanzas públicas y como ministro de Relaciones Exteriores. Hemos mencionado sus dos intentos frustrados de acceder a la

presidencia de la república en 1902 y 1908. Nuevamente trató de involucrarse en la sucesión presidencial en 1911, pero ni siquiera fue autorizado a desembarcar. Firmin murió poco después en Santo Tomás.

Las otras dos grandes figuras del liberalismo, sus fundadores y brillantes ideólogos, Boyer Bazelais y Edmond Paul, desempeñaron un papel destacado en la administración de las finanzas públicas con Nissage Saget. Su influencia en la “elite intelectual” del país era enorme; empero, la función política que hubiera podido desempeñar Bazelais no se concretó; fue derrotado en las elecciones de 1876 y su expedición armada en 1881 terminó con su muerte. Edmond Paul, por otra parte, se mantuvo en un segundo plano de la escena política; pasó la mayor parte de aquellos años en el exilio, desde donde contribuyó con sus recursos a las expediciones liberales. En 1890 fue electo senador pero declinó participar en el gobierno de Hippolyte, con quien lo unían sin embargo lazos amistosos. Paul murió en 1893. Sus escritos –*De l'impôt sur les cafés et des lois du commerce interieur. Causes de nos malheurs; Haiti au soleil de 1880* entre otros– contienen los principales planteamientos de la ideología liberal. Aboga en ellos por la industrialización del país, por la modernización de la producción agrícola, la disminución de la carga impositiva que causaba la miseria de los campesinos; una administración pública eficiente y honrada; la subordinación del ejército reorganizado al poder civil; la ampliación y reestructuración de la enseñanza que debería convertirse, con sus programas reformados, en piedra angular del progreso nacional.

Si los liberales no lograron ocupar la silla presidencial después de 1879, su influencia como colaboradores –con Légitime, Hippolyte y Simon Sam– fue grande. Pero es sobre todo mediante la creación legislativa como muestra su mayor presencia el proyecto liberal. La constitución liberal, votada en 1867, estuvo vigente durante gran parte del periodo que estudiamos. Los textos constitucionales de 1888 y 1889 reprodujeron las ideas centrales del texto de 1867, el cual, a su vez, se inspiraba en la Constitución de 1843. Sus principales elementos eran: mayor autonomía de los poderes legislativo y judicial frente al ejecutivo; limitación del mandato presidencial a 4 años en los textos de 1843 y 1867 y a 7 años en los dos textos posteriores; imposibilidad de una reelección inmediata; consagración de una serie de libertades individuales y mayor autonomía de los gobiernos locales frente al poder central.¹⁶ En la redacción de la Constitución de 1889, que no fue alterada hasta 1918, intervino de manera decisiva Anténor Firmin.¹⁷

Hemos visto en el análisis precedente que la distancia entre el ejercicio real del poder político y las disposiciones legales que deberían regirlo, fue abismal a lo largo del periodo –con excepción quizá de los mencionados gobiernos de Nissage Saget y Boisrond Canal–. Del hecho de que la realidad se alejara tanto de las leyes escritas, observadores contemporáneos e historiadores de nuestro

¹⁶ La Constitución de 1879, en cambio, seguía muy de cerca el texto de 1846, que puso el acento en la centralización del poder político y su concentración en el ejecutivo.

¹⁷ Cf. *Las constituciones de Haití*, recopilación y estudio preliminar de Luis Mariñas Otero, Madrid, Cultura Hispana, 1968, caps. VII, VIII, XI, XIII y XV.

siglo dedujeron que el afán de los estadistas haitianos por crear una legislación "moderna", carecía de todo sentido en un país que vivía la más atroz violencia política. Sin embargo, el fenómeno es común en la mayoría de los países latinoamericanos del siglo XIX y también estuvo presente en la Europa de la primera mitad de aquel siglo. Respondía, en esos momentos de indefinición de las fuerzas políticas, a la voluntad de codificar las relaciones de poder, como observa Marcello Carmagnani.¹⁸ De ahí las frecuentes proclamaciones de constituciones –en el siglo XIX, Haití fue regido por 15 textos constitucionales– que deberían proporcionar un marco legal a los gobiernos instalados de facto.

BIBLIOGRAFIA

- Barros, Jacques, *Haiti, de 1804 à nos jours*, Paris, l'Harmattan, 1984, 2 vols.
- Carmagnani, Marcello, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, Barcelona, Ed. Crítica, 257 p.
- Delorme, Desmevar, *La misère au sein des richesses. Reflexions diverses sur Haiti*, Puerto Príncipe, Ateliers Fardin, 1976.
- Firmin, Anténor, *De l'égalité des races humaines*, Paris, Cotillon, 1885, 665 p.
- Firmin, Anténor, *Mr. Roosevelt, président des Etats-Unis, et la République d'Haiti*, Paris, s.e., 1905.
- Firmin, Anténor, *Lettres de Saint-Thomas*, Puerto Príncipe, Imprimerie Centrale, 1976.
- Fletcher, Henry P., "Quo vadis Haiti?", *Foreign Affairs*, Nueva York, vol. VIII, núm. 4, jul. 1930, p. 533-548.
- Georges, André, *Le gouvernement de Sylvain Salnave, au sein de la crise de 1867-1869 en Haiti*, Puerto Príncipe, s.d.e., 217 p.
- Haití, República, *Las constituciones de Haití*, recopilación y estudio preliminar de Luis Mariñas Otero, Madrid, Cultura Hispánica, 1968, 681 p.
- Janvier, Louis Joseph, *Les affaires d'Haiti (1883-1884)*, Puerto Príncipe, Les Editions Panorama, s.f.
- Janvier, Louis Joseph, *La république d'Haiti et ses visiteurs (1840-1862)*, Puerto Príncipe, Ateliers Fardin, 1979, 2 vols.
- Joachim, Benoit, *Les racines du sousdeveloppement en Haiti*, s.l., Prix Deschamps, 1979.
- Moral, Paul, *Le Paysan haitien*, Paris, Maisonneuve, 1961, 275 p.
- Nicholls, David, *From Dessalines to Duvalier, Race, Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- Pierre-Charles, Gérard, *El pensamiento socio-político moderno en el Caribe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 331 p.
- Saint-John, Sir Spencer, *Haiti or the Black Republic*, Nueva York, S. Cribner and Welford, 1889, 389 p.
- Turnier, Alain, *Avec Mérisier Jeannis. Une tranche de vie jacmelienne et nationale*, Puerto Príncipe, Imprimerie Le Natal, 1982, 441 p.
- Turnier, Alain, *Les Etats-Unis et le marché haitien*, Washington, 1955, 354 p.

¹⁸ Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, Barcelona, Ed. Crítica, p. 73.